

*"De las cenizas de un mundo devastado, surge una amistad  
que va a cambiarlo todo..."*

# DIARIO DE UN ZOMBIE

SERGI LLAUGER

Diario de un Zombi nos transporta a un mundo enterrado bajo las cenizas de la devastación, barrido por una pandemia de proporciones delirantes, donde el ser humano se ha extinguido casi por completo. Pero lo que hace diferente a esta historia es que los hechos están narrados desde una perspectiva muy peculiar. No en vano, el protagonista es un zombi, que por causas, de momento, desconocidas, conservó su conciencia después de su transformación. Tras unos primeros capítulos en los que se presenta al personaje, se empieza a desarrollar una historia de redención, de valores humanos y, sobre todo, de una insólita amistad, cuando el comportamiento frío, cínico e insociable de Erico, el protagonista, va cambiando asombrosamente después de conocer a una solitaria y misteriosa niña superviviente de 8 años de edad. Poco a poco, y a lo largo de una épica aventura juntos, Erico conseguirá conectar de nuevo con su lado más humano, recobrando aquellos recuerdos y sentimientos que no experimentaba desde los tiempos en los que la sangre corría con lozanía por sus venas. Diario de un zombi, ambientada gran parte en una Barcelona post-apocalíptica, ofrece al lector una agradable lectura que arrancará sonrisas y lágrimas por igual. Prepárate para redescubrir el género como jamás hubieses imaginado.

Al pequeño Albert, mi maravilloso sobrino. A la vida  
misma.  
«Para que triunfe el mal, sólo es necesario que los buenos no hagan nada.»

Edmund Burke (1729-1797), político y escritor irlandés.

# Barcelona

## Parte I

Permitid que me presente. Me llamo Erico Lombardo y soy de Verona, una bonita ciudad a la sombra de Venecia donde nos gusta alardear de que nuestros spaghetti a la napolitana son los mejores de todo el nordeste de Italia y, por ende, los segundos mejores del mundo. Es una suerte que Nápoles, su lugar de origen, esté al otro lado de «la bota».

En fin, basta de trivialidades; no es mi intención sacar a relucir mi orgullo italiano, y, por muy tercos que os pusierais, jamás os revelaría nuestra receta secreta. Permaneced atentos, porque lo que hoy voy a contaros es algo mucho más interesante para vuestras mentes y enriquecedor para vuestras almas: ni más ni menos que la trayectoria de mi variada, vertiginosa y, a menudo, poco gratificante vida.

Tranquilos, no empezaré desde el principio. Soy consciente de que esperaréis oír algo consistente, no soporífero. Por eso me centraré principalmente en este último año, tomando como punto de referencia mi llegada a Barcelona; y os garantizo que vais a estar encantados de escucharme. Pero antes, una pequeña introducción.

Tengo 23 años. Y en cuanto a mis aficiones, os diré que me apasiona la lectura, viajar por el mundo en busca de aventuras y el deporte; el atletismo, básicamente. Así pues, no os podéis imaginar la agilidad que he desarrollado durante todo este tiempo. Y es que, cuando se trata de correr, por poner un ejemplo, no tengo rival. Realmente me enorgullezco de ello, y en general me ha facilitado bastante las cosas.

A pesar de ser un muchacho más bien alegre, siempre me ha gustado cierto grado de soledad... Bueno, no siempre; digamos que desde que todo cambió, mis valores también lo hicieron. Últimamente, esa soledad me afecta de una forma distinta; empiezo a tener pensamientos que se repiten más de lo deseado, como ¿qué está bien? o ¿qué está mal? Atisbos de razonamiento ilógico que no tendrían que estar ahí. Yo cumplo un papel en el nuevo ecosistema y no debería ser éste, por Dios que no debería. Y hablando de Dios: si pudiera, le preguntaría por qué he de ser yo, de entre mis numerosos homólogos, el diferente. Aunque, si lo pienso bien... ¿qué más dará Dios? Probablemente él ya hizo sus maletas hace mucho tiempo para largarse a algún lugar más soleado, lejos de este mundo de locos. Así que, insisto, ¿qué narices importará Dios?

Algunos diríais que mucho, otros diríais que nada. Pues yo os digo que, a lo largo de esta especie de fábula que haré esfuerzos por relatar, comprenderéis que no todo es blanco o negro: también existen los molestos grises.

Por cierto —y antes de que se me olvide—, soy un zombi.

¡Tachán! ¿Sorprendidos? Parece increíble, ¿eh?

Más me lo pareció a mí cuando los no muertos acabaron por conquistarlo todo: mi casa, mis amigos, mi familia, mi patria, mi ciudad, Barcelona, el país entero... Todo el jodido mundo se ha ido al garete por culpa de «la plaga andante»; así nos llaman. Apuesto a que le puso este nombre algún friki amante de las películas de terror de serie B. No

obstante, eso ya no importa. La cuestión es que, hoy por hoy, hay más cadáveres andando por las grises y funestas calles de los que se hallan reposando en todos los cementerios de este macabro y devastado planeta.

Claro que a mí eso me da igual. Yo no pertenezco a la minoría de humanos desdichados y atemorizados que aún quedan atrincherados en los edificios, barrios o ciudades fortaleza. Y eso, si han sido listos...

No, yo pertenezco a los no muertos; huelo mal y me pudro igual que ellos —de hecho, el otro día tuve que pegarme un trozo de oreja con loctite—. Joder, ¡me gustaban mis orejas! Mi ex novia solía decirme que eran perfectas. En fin, que soy como ellos. Pero, por algún motivo, durante la transición, cuando me mordieron hace ocho meses y me lo arrebataron todo, hubo una sola cosa que no pudieron quitarme: el alma.

Pues sí: soy un caminante, soy un asqueroso y putrefacto zombi, pero conservo una parte humana; pienso, razono, y hasta he conseguido desarrollar estímulos cercanos a los sentimientos. Seguramente lloraría si los nervios lacrimales me funcionasen, y me reiría a carcajadas si mi creador no hubiera arrancado parte de los músculos maxilares de mi cara de un mordisco. ¿Os imagináis la putada que es eso?

Me he pasado meses enteros intentando encontrar a alguno como yo, pero al final he desistido; no son más que máquinas estúpidas y bobas que ignoran todo aquello que no contenga un corazón palpitante en su interior.

O sea, que me remito a cuando decía que estoy solo, pero solo de verdad. Atrapado en mi cuerpo ultrajado, cuyas necesidades fisiológicas —o, para ser más precisos, la carencia de ellas— han cambiado hasta límites insospechados.

De todas formas, no os preocupéis por mí. Lo llevo bastante bien. Ya me he acostumbrado a mis catorce grados de temperatura corporal —os aseguro que cuando se es

consciente de ello, resulta muy molesto—. Por lo demás, voy arrastrándome satisfactoriamente.

Así que todo va viento en popa, vamos.

Sólo hay un pequeño problemilla, y es que yo soy un zombi, vosotros sois humanos... y empiezo a tener hambre.

## Parte II

Calma, no temáis. No voy a comeros... de momento, claro.

Si algo he aprendido durante estos últimos meses es a no decir nunca «de esta agua no beberé y este cura no es mi padre». Y es que quién me iba a contar a mí que un día me vería arrodillado sobre el frío, húmedo y pestilente suelo de una alcantarilla cualquiera de la ciudad devorando a mordiscos a una pobre rata que me recordaba a la de cierta película de Pixar.

Lo siento, amiguita, pero yo no elegí esto. Aún respeto la vida humana lo suficiente como para, al menos, intentar evitar lo inevitable. Sin embargo, sé que algún día la atracción por la carne fresca será superior a mí. Soy un zombi, leñes. Es como si le dices a un adolescente que no se masturbe porque se quedará ciego. Sabe que está mal, pero tarde o temprano eso acaba explotando. Pues a mí me pasa igual.

Lo más jodido es que, técnicamente, no necesito comer para vivir, o para mi no vida. La comida que ingiero tal como entra sale, ya me entendéis. Debido a que mi cuerpo está muerto, no hay digestión que valga. Pero es escuchar el pulso de un sistema cardiovascular sano y mis hormonas, o lo que quiera que sean ahora, se disparan en mil direcciones. Instinto, supongo. Menuda jugada...

Resumiendo, que ahí estaba yo, atrapando a esa espantosa y peluda rata con mis propias manos, pidiéndole perdón cuando le devoraba el trasero mientras la pobre criatu-

ra me miraba como la mismísima Janet Leigh en la escena de la ducha de Psicosis.

Ésa fue mi primera vez; ha habido muchas más, pero ésa en concreto será difícil de olvidar. ¡Demonios! ¿Cómo se le ocurre a un zombi como yo —por aquellos tiempos pulcro y refinado— comerse a semejante roedor sin quitarle el pelo primero? ¿Qué creéis que pasó? Bueno, pues os confieso un secreto: los zombis también vomitan. Pero no por escrúpulos, como ocurrió en mi caso. Esos de ahí no tienen miramientos. A ellos les pasa sobre todo cuando han ingerido tanta comida que no les cabe en la barriga. Ya he visto varios casos de cerca, y podéis creerme, es encantador...

Lo mejor de ser un zombi es que el peligro se invierte. Dejas de ser perseguido por zombis para ser perseguido por humanos. Sin embargo, estos últimos escasean en los tiempos que corren, así que, cuando te cambias de equipo, tu esperanza de vida pasa de 0 a 100 en cuestión de segundos.

Bueno... depende, también existen los accidentes.

Recuerdo que pocas semanas antes de mi gran salto, apareció ante nuestro campamento —en el centro comercial de la Vila— un tipo rechoncho y unicejo llamado Jean Carlo. El pobre diablo llegó con prisas en una fría mañana de noviembre, golpeando jadeante los barrotes de la barricada que habíamos levantado a modo de defensa en las puertas del complejo.

—Per favoreeeeee!!! Porca puttana! Pero chè cosa chè cosaCHÈCOOOOSAAAA! —gritaba sin parar.

Y no me extraña; instantes después de permitirle el paso y cerrar de nuevo la tapia, unas dos decenas de muertos vivientes aporreaban la puerta como si fuera el puñetero FBI alegando una orden de registro.

Tuvo suerte de ser italiano —por lo que nos explicó más adelante también tenía ascendencia francesa—. Digamos

que fue un acto de camaradería por mi parte convencer al resto del grupo de que le dejásemos entrar.

La cuestión es que el hombretón resultó ser un personaje divertido. Antes del Apocalipsis, trabajaba como chef en uno de los restaurantes-pizzería del paseo de la Marina. Por lo visto, se había quedado escondido dentro del local, cebándose como un pequeño becerro que necesita mamar, hasta que los víveres se acabaron y tuvo que salir a por más.

Qué huevos...

Una noche, mientras una horrible tormenta azotaba con sus truenos la cúpula de cristal del techo y creaba figuras danzantes sobre el lúgubre suelo del centro comercial, nos reunimos todos los supervivientes en círculo, tapándonos con mantas, a la vera de una pequeña estufa de gas que cogimos prestada del supermercado. Sentados como una alegre tropa de scouts, nos dispusimos a contar nuestras vivencias desde que todo el desastre empezó.

Resulta que Jean Carlo intentó convencernos a todos de que había aprendido a acercarse sigilosamente por detrás de un zombi y retorcerle el cuello al más puro estilo «comando tras la línea enemiga». Según él, había desarrollado esta técnica, en parte, gracias a los nueve meses que antaño había pasado en el ejército de tierra. Nadie se lo quiso poner en duda, pero, al contemplar su aspecto «fuertecito» y sus rollizos mofletes, nos costó tragarnos el hecho de que fuera una especie de ninja antártico. Yo creo que más bien era un flipado del copón. Y es que, una vez, cuando le pregunté si podía llamarle por las siglas «JotaCé» (J.C.) —para abreviar, más que nada—, me miró fijamente arqueando su única y enorme ceja y, con total seriedad, me respondió:

—Mejor llámame CeJota.

Joder, aún me estoy descojonando. Si quería parecer más cool, no lo consiguió, desde luego. En fin, un gran tipo. Lástima que cayera en la primera incursión que hizo con

nosotros sobre la ciudad. El hecho ocurrió casi por gentileza de un no muerto que se escondía debajo del coche en el que C.J. creyó oportuno apoyarse para recuperar aire.

De ahí que os hablara hace un momento de los accidentes. Cuando aquel zombi emergió desde el hueco inferior del vehículo y le agarró por el tobillo, Jean Carlo gritó algo ininteligible, al tiempo que saltaba como si fuera un mono de feria y, por supuesto, nos ponía a todos los del grupo en alerta.

«Gracias, C.J., pero la próxima vez no te quedes ahí y apártate un poco, soldado.»

Uno de los de la cuadrilla, que tenía la mala costumbre de disparar cerrando con fuerza los ojos, mató al podrido a balazos, sí, pero también le dio al pobre chef de lleno en la cara, justo en el entrecejo, arreglándole definitiva e irónicamente aquel pequeño detalle que tanto le afeaba.

No tomamos represalias —como ya he dicho, fue un accidente—, pero Óscar, el que disparó, no volvió a coger un arma durante el resto de su corta vida.

¡Ah! Qué tiempos aquellos en los que cada uno debía cuidar de su propio trasero. Y qué ambigua se me antoja ahora la supervivencia, pues no sé si echarla de menos o alegrarme de que llegara a su fin.

## Parte III

Tengo una pregunta que haceros: ¿Os gusta el cine?

Admito que a mí no me gustaba demasiado antes de «mudar la piel, A excepción de algunos casos que eran de mi interés, la mayoría de producciones se me antojaban como una forma vaga, pero definida, de hacer que una serie de gente que sólo se preocupaba por el dinero consiguiera precisamente eso: dinero.

Tampoco es que yo dispusiera de demasiado tiempo libre, la verdad. Mi vida era bastante ajetreada, y si podía tomarme un respiro, solía dedicarlo a otros menesteres.

Sin embargo, ahora... bueno, ahora es más bien todo lo contrario. Precisamente tiempo libre es lo que me sobra.

Pensadlo bien: ¿Qué haríais vosotros en mi situación? Imaginad que tenéis toda una ciudad cosmopolita como Barcelona a vuestra entera disposición. De acuerdo; está en ruinas, apesta a cloaca y a carne putrefacta, la invade una bruma ennegrecida por las noches y un gris plomizo durante el día. No hay luces encendidas por ninguna parte, y las pocas que quedan seguramente parpadeen intermitentemente, sin que nadie las contemple, bajo las estaciones de metro abandonadas. Pero aun así, es vuestra ciudad. Nadie la reclamará jamás, y vosotros sois el único zombi del mundo al que podrían darle el récord Guinness de coeficiente intelectual.

Por lo tanto, repito: ¿Qué haríais?

Antes de responder, dejad que os cuente algo.

Era el decimoséptimo día de mi no vida. La ciudad estaba sitiada, condenada por completo. Yo me mantuve al

margen, por supuesto —más que nada por cuestiones de ética—. Pero decidí subirme al tejado de alúmina de un pequeño quiosco colindante con la antigua Plaza Cataluña y contemplar desde una distancia media cómo un grupo de, aproximadamente, doscientos zombis —que con el paso de los minutos se convirtió en una auténtica multitud— aporreaba ininterrumpidamente el fino portón de acero forjado de un gran almacén, cuyo nombre tenía algo que ver con un británico que se había cortado.

Al final, y por pura imposición de las leyes de la física, los muertos consiguieron echarlo abajo. Y como si de una colonia de ratas huyendo del peligro se tratara, fueron entrando hacia el interior del establecimiento, formando una indomable masa voluble que avanzaba a empujones arrebatadores e impulsivos. Sólo que ellos no eran ratas y, desde luego, no huían de nada ni de nadie.

Sabía perfectamente lo que querían. No hubo dudas al respecto. Incluso desde donde yo estaba, sentado en mi butaca VIP de primera fila, podía oler la sangre de las, al menos, quince personas que se resguardaban dentro de aquel edificio. No olvidéis que los podridos tenemos un sentido del olfato increíblemente desarrollado. Es lo que tiene mirarte al espejo por las mañanas, poder contemplar parte de tu tráquea y aun así comprobar que sigues en pie. El caso es que, durante las siguientes tres horas, lo único que se escuchó en el ambiente crepuscular fue un popurrí de gritos. Algunos más agudos que otros, pero todos y cada uno de ellos eran de auténtico terror, dolor y angustia. Pasado ese tiempo, los gritos fueron ahogándose y haciéndose cada vez más escasos hasta que de pronto cesaron. Punto final. El espectáculo había terminado.

Reconozco que al menos fue entretenido. Pero a partir del mismísimo instante en que me bajé del quiosco y eché a cojear, se me formuló en la cabeza un problema bastante inquietante. Y es que si yo era prácticamente inmortal, ¿qué coño haría para distraerme?

Pues muy fácil: ir al cine.

Lo vi bien claro una vez cruzada la solitaria Gran Vía. Ahí estaba, enfrente de mis narices, un enorme cartel con letras polvorientas que rezaba: «COLISSEUM. Soy leyenda. Will Smith».

Manda cojones...

Yo nunca he sido ningún manitas, pero digamos que al menos sé darle a la palanca, y más si al lado de dicha palanca está escrita bien grande la palabra ON.

Así de fácil fue poner en marcha el generador de energía autosuficiente del que disponía la sala de controles del cine. Y no fue mucho más difícil encajar la película de nuevo en el proyector.

Como un niño con zapatos nuevos, bajé corriendo (maldito rigor mortis, obviaré contaros la hostia que me pegué) por las escaleras de alfombra roja que llevaban hasta la sala y escogí un asiento en medio de dos cadáveres femeninos que, al igual que muchos otros repartidos por la estancia, seguramente decidieron en su día guarecerse allí dentro, al amparo de los peligros exteriores, hasta que murieron de inanición. Curiosamente, no se esmeraron mucho en fortificar y proteger la entrada. Menudo misterio...

A lo que iba; los títulos ya se deslizaban por la pantalla, y entonces apareció aquella doctora hablando sobre una especie de cura contra el cáncer. A partir de ahí me dejé atrapar por la magia de Hollywood y durante esos cien minutos de metraje sólo existimos yo, el doctor Robert Neville y... bueno, mis dos tímidas acompañantes. Conseguí olvidarme absolutamente de todo lo demás. Por fin me liberé. Fue como si cogiera gran parte de mis problemas, los metiera en una olla y le pasara la patata caliente al bueno de Will. Me atrevería a decir que por primera vez desde que todo empezó, fui feliz.

Con el tiempo se convirtió en mi película favorita. ¡Y no me extraña! Era la única que había en todo el jodido cine...

Cada día volvía y me sentaba en mi asiento preferido para verla una y otra vez, hasta el punto de que llegué a saberme los diálogos de memoria y podía recitarlos al unísono con la propia proyección.

En cuanto a mis dos queridas contertulias, a menudo hablaba con ellas para comentar la película. Incluso solía bromear y contarles el final para fastidiar, pero nunca se quejaban. A la que tenía a mi derecha la llamé «señora Doubtfire». Se notaba que en vida había sido obesa. Y, aunque el nivel de putrefacción ya le había hecho perder varios kilos y pigmentación, lucía un detalle en su cara que seguía intacto e impoluto: su enorme y blanca dentadura postiza.

En lo que respecta a Lora, la despampanante morenaza de mi izquierda, confieso que tenía un cuerpo de escándalo. Al menos durante las primeras semanas, claro.

Yo soy un zombi, y el sexo no me llama, pero, por ejemplo, sigo reconociendo a una chica guapa cuando la veo en cualquier cartel de publicidad. No sé si me explico.

La cuestión es que, por curiosidad, por capricho, o más bien por ambas cosas a la vez, solía masajearle el pecho derecho mientras disfrutaba de la película. Fue reconfortante hasta que un día me quedé con un trozo de glándula mamaria en la mano.

A partir de ese día decidí que lo mejor era cambiar de cine.

¡Ay, Lora, Lora...! ¿Sabéis que no le puse ese nombre — el mismo que el de mi ex novia— hasta después de ese pequeño incidente? Y es que me recordaba demasiado a ella, que también era morena y muy guapa aunque siempre supe que le faltaba algo.